



Platicabulo Writer's House

Free Expression Workshop

FEW-200500000000383

República de Abando

Canandanzas



Boggee

Iba yo paseando una vez por la avenida central de un parque de la Ciudad Grande cuando vi venir algo, una cosa viva, peluda, mínima, de la que no podía adivinar género: ¿Rata? ¿Gato? ¿Tlacuache? ¿Otros...?; la aparición venía aparentemente remolcando a unas hercúleas piernas de homo gigante, tapado el resto de momento por unas ramas de mimosa. Quien quiera que fuese llevaba en su mano, creo que izquierda, una correa extensible de esas adornadas que venden en las tiendas "todo a un €", sujeta al cuello de "la inescrutable bestia". El hombre, gigante él, llevaba de paseo a su perro, enanísimo él, porque eso resultó ser finalmente aquella singular miniatura. Los perros, los más antiguos socios del homo, son inigualables como *pets*, o sea *mascottes*, curiosa palabra esta, que significa bruja en su origen provenzal, pero que en francés ha tomado la connotación de juguete, *souvenir*.

Hace ya una temporada tuve la suerte de compartir un breve pero fructífero interludio de mi tiempo de ocio de desempleado con el genial **Boggee**, un amable mascota, sujeto del reino de esos amigos peludos que parlotean a ladrido tendido, no siempre con la oportunidad que uno, humano al fin, pudiera desear pero... Cada vez que dábamos la vuelta al barrio saludaba uno por uno a cada árbol plantado en las banquetas (las aceras, o las veredas), me imagino que también los contaba, para asegurarse de que no faltaba alguno desde la visita del día anterior...

Había algunos colegas a quienes saludaba afectuoso, pero a otros los trataba de muy malos modos a ladrido tendido, con algún que otro bufido de suficiencia y desdén, cuando el alter estaba trasrejado. Pero había en la vecindad un par de matones que le infundían verdadero pavor y se ponía literalmente a temblar cada vez que pasábamos al frente. Uno de éstos energúmenos era un extraordinario atleta que saltaba sin cesar tratando de pasar por encima de la cerca que lo protegía de que mordiera, o comiera, a los circunstanciales peatones, al menos esa era la impresión que daba hasta que uno estudiaba tantito su comportamiento; eso hice yo precisamente un día, y me di cuenta que, daba unos cuatro o cinco saltos atléticos, acompañados de gruñidos muy poco amistosos, y sacaba seguidamente la nariz por los entresijos de la reja, como esperando reconocimiento (tal vez aplauso) y recompensa...; Una vez le di como premio a su irreprochable presentación un pedazo de pan y me regaló una casi angelical sonrisa de su terrorífica caja de dientes.

Boggee Podía ser fiero como un león, cuando le cuadraba, pero tierno como un ratón, también cuando le cuadraba. Un día que andábamos, dando un paseo para visitar a todos sus amigos, los árboles y los perros de la vecindad y un poco más allá, me pegué tremendo topetazo (tropecé) con la cabeza contra un saliente de una casa que invade el dominio público del andador peatonal allá por Santa Cruz del Monte; perdí temporalmente el conocimiento como resultado de la conmoción y derrapé vergonzosamente hacia el suelo, arrojado a uno de los árboles amigos de Boggee. No se cuanto tiempo estuve suspenso en la dimensión de las nubes pero, desperté y me encontré con la cara de Boggee y con su lengua que me lamía melosamente la cara, al mismo tiempo que chillaba en una forma que se me antojó lastimera ¿lloraba tal vez? ¡Genial Boggee!

Boggee es un perro feliz, agradecido con la familia de animalitarios humanos que le acogió después de practicar un tiempo como vil perro callejero. El Boggee tuvo la suerte de ser encontrado y adoptado por una familia cuya capacidad de acogida para los humanos es bien conocida, la única desventaja para el "pobre" Boggee es que nunca le dejan ser perro, y ese fue el mensaje que en su día me dejó para sus excesivamente considerados ayos.

Iacobus Parvus

Junio 15, 2005

D.R.© Platicabulo@mail.com

Ser Mejor para servir mejor